



Lumbre

Aurora Parrilla

Junio 2021



Dramatis Personae

JUAN, 50 años

PACO, 55 años

Lumbre

Del lat. Lumen, -inis.

1. f. Materia combustible encendida.
4. f. Luz (claridad que irradia un cuerpo en combustión).
5. f. Esplendor, lucimiento, claridad.
8. f. Sentido de la vista.
9. f. Luz de la razón.

1

JUAN entra en la sala de estar cargado de leña. PACO está sentado en una hamaca con un libro entre las manos, pero no hace nada. Mira a JUAN echar los leños a la estufa de uno en uno.

PACO.— ¿Qué haces?

Pausa.

PACO.— Que qué haces.

JUAN.— Joé, ¿no me ves?

PACO.— Por eso digo que qué haces.

JUAN.— Echar leña a la estufa. Eso hago.

PACO.— ¿Para qué?

JUAN.— ¿Para qué se echa leña a la estufa, Paco?

PACO.— ¿Para qué se echa?

JUAN.— Para calentar la casa.

PACO.— Para calentar la casa, exactamente.

JUAN.— Pues eso.

PACO.— Pues eso.

Silencio.

JUAN.— Habrá que ir por más.

PACO.— (*Irónico.*) Sí, también...

JUAN.— Solo quedaban estos.

PACO.— Vas a ir tú.

JUAN.— Yo iré.

PACO.— (*Se sirve un chato de vino.*) ¿Quieres?

JUAN.— No.

PACO.— Tú te lo pierdes.

Pausa.

JUAN.— ¿Qué hay de cena?

PACO.— Pavo relleno.

JUAN.— ¿Eh?

PACO.— ¿Qué va a haber de cena?

JUAN.— Ea, pues lo que haya dejao

PACO.— ¿Lo que haya dejao quién?

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— Abre el frigorífico, a ver qué ha dejao.

JUAN.— (*Lo abre.*) ¿Qué te apetece?

PACO.— Y yo qué sé...

JUAN.— ¿Patatas con caldillo?

PACO.— ¿Qué patatas con...?

JUAN.— Las de la abuela Antonia.

PACO.— (*Ríc.*) ¿Las vas a hacer tú?

JUAN.— ¿Qué pasa?

PACO.— Si no sabes freír un huevo...

JUAN.— Tú sí.

PACO.— Pues sí, Juan Antonio, yo sí, que estoy divorciado. Déjalo anda, déjalo.

PACO se levanta, deja un libro encima de la mesa y saca cosas del frigorífico para cocinar.

PACO.— ¿Cuándo te vuelves?

JUAN.— No sé. No tengo prisa. (*Pausa.*) ¿Tú?

PACO.— Esta noche.

JUAN.— ¿Esta noche?

PACO.— O de madrugada. Como me dé. (*Pausa.*) ¿Qué quieres hacer aquí?

JUAN.— Pues cosas.

PACO.— ¿Recoger leña?

JUAN.— Hay que ir al olivar. A ver cómo está aquello.

PACO.— ¿Cómo va a estar? Pues como estaba, que pareces nuevo.

JUAN.— A ver si hace falta chuponar, cuántos días vamos a estar cogiendo la aceituna...

PACO.— Cuántos días dice...

JUAN.— Si hay mucha nos podemos tirar fácilmente...

PACO.— ¿Qué va a haber, Juan Antonio? ¿Qué va a haber? ¡Montones de aceitunas hay! Montones. No van a caber en la casa de toas las que hay. Por la puerta van a salir rodando las aceitunas... Me cago en la leche... Ya no queda na...

Silencio.

JUAN.— Pues yo iré.

PACO.— Pues muy bien. (*Pausa.*)

PACO.— Tú solo.

JUAN.— Yo solo.

PACO.— Desde luego que...

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— Nada.

JUAN.— No te quedes ahí rumiando.

PACO.— Que cada día te pareces más a papa.

JUAN.— ¿Por querer mantener las cosas?

PACO.— Por cabezón.

JUAN.— Es que tú eres muy listo.

PACO.— Mira qué bien, al menos uno de los dos ha salío listo. Pensaba que ibas a ser tú, ya que has estudiao... Si es que... donde esté la mili... Cuánta tontuna.

JUAN.— ¿Luego el aceite lo querrás no?

PACO.— Para ti to'.

JUAN.— No, yo no lo quiero todo. Tú llévate lo tuyo y...

PACO.— Pero qué me estás contando del aceite...

JUAN.— El que te llevas todos los años.

PACO.— Como si a ti te importase el aceite.

JUAN.— A ver qué tontería estás diciendo.

PACO.— Que vale. Vale. Cogemos la aceituna. Ya está. Y los leños. Lo que tú quieras cogemos.

JUAN.— No es lo que yo quiera. Es que no se va a hacer solo.

PACO.— Evidentemente no se va a hacer solo. Puede no hacerse.

JUAN.— ¿Eso por qué?

Pausa.

JUAN.— ¿Cuándo no lo hemos hecho?

PACO.— Nunca.

JUAN.— ¿Entonces?

PACO.— Pues que a lo mejor hay que dejar de hacerlo.

JUAN.— No sé por qué va a haber que dejar de hacerlo.

PACO.— Porque la casa a lo mejor ya no tiene que calentarse, Juan Antonio. A lo mejor ya no tiene que calentarse.

Silencio.

JUAN.— ¿Y eso?

PACO.— Un libro

JUAN.— ¿Qué libro?

PACO.— Uno que estaba por ahí.

JUAN.— ¿De los de mama?

PACO.— Sí, de los de mama, de los de mama...

JUAN.— ¿Te lo estás leyendo?

PACO.— No. Me estoy limpiando el culo con él.

JUAN.— Muy bien.

PACO.— Es que... cómo eres, ¿eh? Desde crío, siempre igual, oye. No se puede estar callaíco un rato el muchacho. Que si ayúdame con los leños, con las aceitunas... Que si no hay cena... ¡Me cago en diez! Si es que tendrías que haber ido a la...

JUAN.— A la mili, sí. Y tú tendrías que haber estado en las faldas de mama un poquito más de tiempo, que has salido crudo.

PACO.— Crudo...

JUAN.— Más seco que una arpargata has salido. Así te pasa.

PACO.— ¿Qué me pasa?

JUAN.— Allí.

PACO.— ¿Dónde?

JUAN.— En tu casa.

PACO.— ¿Qué me pasa a mí en mi casa? (*Pausa.*) Quita de ahí, anda, o haz algo, pero no estés en to'el medio.

Silencio.

PACO.— Lo que te pasará a ti.

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— Que me pasa lo que te pasará a ti. Y no dentro de mucho. Es que yo te llevo ventaja, Juan Antonio, yo ya estoy de vuelta. Cosas que tiene ser el mayor. Tú aún estás llegando, así despacico, con el tapaojos de los burros, por eso no lo ves. En eso nos parecemos, mira.

Hasta que no se nos planta el toro delante de las narices, ni caso... Y de un día para otro, el divorcio.

JUAN.— Paco, que no hablo del divorcio.

PACO.— Y lo otro lo estoy remediando, tarde, pero lo estoy remediando.

A ti para eso... todavía te queda.

JUAN.— Es que yo no la he cagao como tú.

PACO.— Por eso. Todavía te queda.

Pausa.

PACO.— Son de mama.

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— Las cartas.

JUAN.— ¿Qué cartas?

PACO.— Las que hay dentro del libro. Son de mama. No me las envió porque papa decía que era de maricones.

JUAN.— ¿De maricones?

PACO.— Recibir allí cartas de tu madre. En la mili. Me las voy a llevar esta noche a Valencia.

JUAN.— ¿No las habías leído?

PACO.— ¿No te estoy diciendo que no?

JUAN.— Has dicho que no te las envió, pero anda que no llevan ahí años.

Las podrías haber leído ya.

PACO.— Ea pues no lo he hecho.

JUAN.— ¿Y ahora te has acordado de las cartas?

PACO.— Sí, ahora me he acordado de las cartas.

JUAN.— Y ¿ahora por qué?

PACO.— ¿Cómo que por qué?

JUAN.— Que ¿por qué te ha dado ahora por las...?

PACO.— Porque he visto el libro ese de cuando estudiaba en la estantería de la cuadra.

JUAN.— ¿Que tú has ido a mirar a la estantería de la cuadra?

PACO.— Sí. Y lo he visto.

JUAN.— ¿Y qué hacías en la cuadra?

PACO.— ¡Joder, que me ha dao la gana, puñeta! Que todo hay que explicártelo.

JUAN.— No, si me parece bien.

PACO.— Qué bien que te parezca bien, oye.

JUAN.— Está la cuadra llena de trastos de cuando éramos críos.
 PACO.— To' lo que no hemos tirao.
 JUAN.— Y ahí estabas.
 PACO.— Sí, ¿qué pasa?
 JUAN.— Nada. Pues léetelas.
 PACO.— Eso voy a hacer en cuanto llegue. A ver si así me cuezo un poco.
 (*Pausa.*) Saca la sal. (*Silencio.*)
 PACO.— ¿Estás sordo?
 JUAN.— Ya, ya. Que no sé dónde...
 PACO.— Ahí. ¡Ahí! Si es un lobo te come.

JUAN saca la sal y se la da a PACO.

JUAN.— La sal.
 PACO.— Venga, vamos mejorando. (*Pausa.*) ¿Quieres aprender?
 JUAN.— ¿A qué?
 PACO.— A bailar una jota, no te jode. ¡A hacer setas!
 JUAN.— Bueno.
 PACO.— Pero con más entusiasmo, que es algo importante. Para ti es importante.
 JUAN.— ¿Hacer setas?
 PACO.— Aprender a cocinar.
 JUAN.— ¿Para mí es importante? ¿Y eso por qué?
 PACO.— ¡Por saber un poco de to' Juan Antonio! Que la vida es muy perra y nunca se sabe...
 JUAN.— ¿Nunca se sabe...?
 PACO.— Nunca se sabe.

JUAN se sienta en la hamaca de en frente de la estufa.

PACO.— Eso, tú quédate ahí sentaíco en la lumbré que se está muy a gusto. Sí señor. Igualico que...
 JUAN.— Que papa, sí. Que papa. De hecho, esta es su hamaca.
 PACO.— Ya sé que es su hamaca, no lo voy a saber... La de horas que se habrá tirao ahí sentao, na'más que dándole con el palo ese a la boquilla pa'ver los leños arder. Y si bajaba un poco la llama venga otra vez a echarle, y venga, y otro, y otro leño más... No vaya a ser que se enfriase la casa. Estaba la casa... Yo no sé cómo no le entraba

calentura de estar ahí metió tanto tiempo. Pero él, ahí, dale que te pego como los críos. Claro, luego se levantaba... (*ríe.*) se levantaba y se daba con la chimenea en la cabeza. A ver... el hombre cómo iba a estar, pues mareao. Anda que el día ese, que se levantó tan perdió que cogió la Coca Cola ¿te acuerdas? Cogió la Coca Cola y la batió pensándose que era... pues yo qué sé... cualquier cosa. Zumo de uva. Y la abrió y salió dispará por las paredes y mama riéndole, «¡bendito sea Dios! La que me ha liao. Estás tonto. ¡Es que estás tonto!». Algo de la mancha todavía se ve ahí. Pero sí, no había quien lo sacase de ese rincón. Lo mismico que tú. No sé qué le veis.

JUAN.— Que se está bien aquí.

PACO.— ¿No me digas?

JUAN.— Estás tranquilo.

PACO.— Tranquilo...

JUAN.— Sí, tranquilo.

PACO.— Qué cosas, ¿eh?

JUAN.— Cógete esa y ponte ahí.

PACO.— No.

JUAN.— Será por hamacas...

PACO.— Yo ya aprendí a salir de ahí. Y tú lo que tienes que aprender es a cocinar.

JUAN.— Por lo que venga...

PACO.— Exactamente.

JUAN.— ¿Crees que me voy a divorciar?

Pausa.

JUAN.— Joé, tanto hablar, tanto hablar de setas y gilipollices y ahora ¿no puedes contestar? ¿Crees que me voy a divorciar o no?

PACO.— Sí.

JUAN.— Mira qué fácil era.

PACO.— ¿Qué haces?

JUAN.— Sacarme una lata.

PACO.— ¿Una lata de qué?

JUAN.— De sardinas.

PACO.— ¿Y las setas?

JUAN.— Para ti.

PACO.— Pero pruébalas por lo menos.

JUAN.— Que no quiero. No quiero setas. Cómetelas, cómetelas tú todas.
Para ti. Ala.

Pausa.

JUAN.— Joder.

PACO.— ¿Qué pasa?

JUAN.— Que están caducadas. (*Pausa.*) ¿De qué te ríes?

PACO.— ¿Cómo quieres que estén?

JUAN.— Cuando vengamos ya sabes.

PACO.— ¿Cuándo vengamos?

JUAN.— Sí, la próxima vez que vengamos.

Pausa.

JUAN.— Paco. Que te estoy diciendo que la próxima vez que vengamos...

PACO.— ¿Qué próxima vez?

JUAN.— La que sea que volvamos, joé. Hay que hacer compra de todo un poco, porque esto no puede ser. A ver si para cuando vuelva mama lo tenemos hecho. ¿Te has enterado?

PACO.— Sí, me he enterao, me he enterao. (*Acercándole el plato de las setas.*)

Anda, coge.

JUAN.— (*Cogiendo del plato.*) ¿Y los críos? ¿Cómo están?

PACO.— Bien. ¿Las crías?

JUAN.— Bien.

Pausa.

PACO.— ¡Pues qué bien, oye...!

JUAN.— ¿Irene cuándo vuelve de Canadá?

PACO.— Qué va a volver Irene...

JUAN.— Pues sí, algún día.

PACO.— Lo que nos gusta pensar que todo vuelve, coño. Ni que la vida fuese un partido de ping pong, que lanzas una vez y venga... Que no, joder, que no. Que al principio cuando no estás cansao, pues sí, te la devuelven bien. Pero llega un momento que lanzas y ya... vuelve floja. Y luego, llega otro día que ya ni vuelve, que se queda por ahí la bola perdía, rodando... Con suerte te la coge alguien y te la da en la

mano, así como con lástima. Y quien empieza a jugar debería saberlo.

¿Tú lo sabes?

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— ¿Que si sabes de lo que te estoy hablando o estás en la luna de Valencia?

JUAN.— Pues, Paco...

PACO.— Hemos jugao poco al ping-pong. (*Pausa.*) A ver para qué sigue ahí esa hamaca abierta.

JUAN.— Pues porque siempre ha estado ahí.

PACO.— ¿Y qué quieres decir con eso?

JUAN.— Que ahí sigue.

PACO.— ¿Para qué?

JUAN.— Para nada, para qué va a ser. ¿Te molesta que esté ahí?

PACO.— ¿A mí? No. ¿A ti?

JUAN.— No.

PACO.— Tú sigue esperando y verás.

JUAN.— Pero ¿yo qué estoy esperando?

PACO.— A que se siente papa estás esperando.

Pausa.

JUAN.— Pero a ver... A ver la tontería... Estás tonto, ¿eh?

PACO.— ¿No es verdad?

JUAN.— Pero ¿cómo voy a esperar que se siente ahí papa?

PACO.— Dime que no es verdad.

JUAN.— No tiene gracia.

PACO.— Nada, fuera. La tiramos, entonces.

JUAN.— Tampoco hay que tirarla.

PACO.— ¿Y por qué no?

JUAN.— Porque la tendrá mama ahí por algo. ¿También te parece mal?

PACO.— No.

JUAN.— ¿Y por qué pones esa cara?

PACO.— No pongo ninguna cara...

JUAN.— Sí, sí la pones.

PACO.— No...

JUAN.— Dime, ¿qué pasa?

PACO.— Que mama no es la que la tiene ahí.

JUAN.— Me estás preocupando.

PACO.— ¿Yo te estoy preocupando?

JUAN.— Sí.

PACO.— Yo a ti.

JUAN.— Sí, tú a mí.

PACO.— ¿De verdad, Juan Antonio, yo te estoy preocupando? Que no has parao de meter leña en la casa para tres inviernos desde que llegaste, que piensas coger la aceituna, que si la cena... que andas por aquí como si en cualquier momento fuese a entrar...

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— Mira, sí. Vamos a dejarlo, vamos a dejarlo...

Pausa.

PACO.— ¿El olivar, entonces?

JUAN.— ¿Qué le pasa?

PACO.— También lo dejamos ahí.

JUAN.— ¿Qué quieres hacer con el olivar?

PACO.— Lo que con la hamaca.

JUAN.— ¿Tú has tirado la cama de Irene en tu casa? ¿A que no?

PACO.— No es lo mismo, Juan Antonio, no es lo mismo.

JUAN.— ¿Por qué?

PACO.— Hombre, porque papa, desde luego, no va a volver.

JUAN.— Entonces me estás dando la razón. Irene, algún día sí.

PACO.— Sí, Irene algún día sí. El que no va a volver soy yo.

JUAN.— Tampoco me he enterado ¿no? Que como voy por detrás... con el tapaojos...

PACO.— Evidentemente, con el tapaojos.

JUAN.— ¿Pero me lo vas a decir?

PACO.— Me he alquilado un piso en Albacete, al lado del trabajo. Estoy divinamente.

JUAN.— ¿Y eso desde...?

PACO.— Desde que me he divorcio.

JUAN.— Un año.

PACO.— Un año.

JUAN.— ¿Y hace cuánto no los ves? (*Pausa.*) Joder... ¿Ha vuelto Irene de Canadá y tú no has estado? PACO.— Sé cosas de los dos. Tiene novia dice.

JUAN.— ¿Víctor?

PACO.— Irene.

JUAN.— Que tenga lo que quiera, Paco, pero...

PACO.— Mira, llega un momento en el que un padre no reconoce a sus hijos, y menos a sus hijas, ¿o no? Bueno, y más si el padre ha hecho la mili. Pocos lo dicen en voz alta, pero es así. (*Pausa.*) Yo ya me fui, ahora es normal que no me esperen. Pero tú eso deberías entenderlo, ¿no? ¿Qué diferencia hay entre no haberlos visto en un año, y vivir con ellos y no pasar ni un momento juntos? Y no te estoy hablando de ir al cine ni de tomar algo en el bar de abajo. Te hablo de... comer en la mesa a la vez.

De... no sé... Decir buenos días, buenas noches... No sé, eh. Cosas normales de... de la convivencia.

JUAN.— Entonces, ¿por qué no te quedas más días? Estás solo, ¿no? O... ¿tienes a alguien?

PACO.— Estoy solo.

JUAN.— Como no cuentas nada...

PACO.— ¿Por qué te quedas tú?

JUAN.— Porque a mí no se me ocurre irme sin ver a mama. Si tú quieres irte sin verla...

Pausa.

JUAN.— Que no me mires así, joder. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Me lo vas a decir?

PACO.— Que vale, que me quedo esta noche.

JUAN.— Estamos muy bien aquí.

PACO.— Pues sí, estamos muy bien.

Pausa.

PACO.— (*Ofreciéndole vino.*) ¿No quieres?

JUAN.— Venga. (*Pausa.*) ¿De qué te ríes ahora?

PACO.— Nada. Que me he acordao de... ¿Te acuerdas de cuando... cuando se te escapó la oveja?

JUAN.— ¿La oveja?

PACO.— Sí. La de la abuela. Que te dejó al cuidao de las ovejas y cuando volvió te encontró en el tejao, aquí arriba, con una vara amenazando

a la oveja para que dejase de correr. Que se te estaba yendo ya al monte.

JUAN.— Vaya susto tenía en el cuerpo. Y la oveja prefirió saltar antes que venirse conmigo.

PACO.— No era tonta.

JUAN.— Qué va.

PACO.— Es lo último que recuerdo en esta casa.

JUAN.— ¿Qué dices?

PACO.— ¿Viviendo aquí? Sí. Luego ya las veces que he vuelto... no es lo mismo.

JUAN.— Pero si yo era un crío. No tenía ni quince años.

PACO.— Claro que no los tenías.

JUAN.— Pues me acuerdo... que te echaba de menos.

PACO.— ¿Que me echabas de menos?

JUAN.— Joder. Como echa de menos un crío. No tenía... pues a alguien con quien pelearme... alguien con quien hacer ruido. Lo sabré yo, ¿no?

PACO.— Sí. Pero raro es.

JUAN.— ¿Por qué va a ser raro?

PACO.— Porque tú estabas con mama, con papa, con la abuela, ibas a la escuela todos los días... Es que tú no sabes lo que es echar de menos. Que has estao a los pies de esa hamaca día y noche. Y te has acercao a esa estufa las veces que has tenío las manos helas'. Tú vives ahora en tu casa... Con tus hijas... con tu mujer... Tú nunca has perdido nada. A ti las cosas... se te han alejao porque no las ves, no porque se vayan... Y sin embargo... Es curioso.

JUAN.— ¿Qué es curioso?

PACO.— Que veas claramente las que ya no están.

JUAN.— Es que hay muchas maneras de echar de menos.

PACO.— Que sí, que vale, cuáles.

JUAN.— A los que viven contigo, aunque vivan contigo. ¿Tú no echas de menos a Irene y a Víctor cuando tenían cinco años? Coño, que es lo del ping-pong. Que lo has dicho tú. Hay cosas que ya no vuelven.

PACO.— Pero vamos a ver, alma de cántaro, que tú las tienes delante.

JUAN.— Sí. Ya está... tengamos la fiesta en paz.

PACO.— ¡Si lo digo por ti!

JUAN.— Que tú eres el más desgraciao siempre. El que no fue a la escuela, el que salió de casa siendo un crío... Los que se quedan, esos, ni sienten ni padecen.

PACO.— Pues no creo, Juan Antonio, no creo, la verdad.

JUAN.— Tú siempre has sido muy distinto, ya está.

PACO.— Somos distintos, no pasa nada.

JUAN.— Pues hay algo que tenemos en común, fíjate.

PACO.— ¿Sí?

JUAN.— A los dos nos separaron de nuestro hermano.

Suena el timbre de la puerta.

JUAN sale.

PACO levanta las sillas de la mesa y saca unos papeles. Se los guarda en el bolsillo.

Entra JUAN.

JUAN.— Cómo están las cabezas... Yo, de verdad, que no me lo explico.

No me lo explico.

PACO.— ¿Qué pasa?

JUAN.— El hijo de la Angelita.

PACO.— ¿Qué?

JUAN.— Na'... Que se ha equivocado. Manda narices... abre otra botella, anda.

PACO.— Pero ¿qué ha dicho?

JUAN.— Que a cuánto estaba.

PACO.— Que a cuánto estaba el qué. ¿El olivar?

JUAN.— La casa. Que a cuánto estaba la casa.

Pausa.

PACO.— ¿Qué casa?

JUAN.— Joder, Paco, ¿qué casa va a ser? Esta, coño. La nuestra. ¿Qué más casas tenemos?

PACO.— Ea, yo qué sé. Pues se habrá equivocado.

JUAN.— Eso he dicho que se ha equivocado.

PACO.— Bueno, pues ya está. (*Pausa.*)

PACO.— ¿Qué?

JUAN.— Porque tú no...

PACO.— Yo ¿qué?

JUAN.— Tú no has ido diciendo por ahí nada, ¿no?

PACO.— Diciendo de qué. Pero, vamos a ver ¿tú te crees que yo...? ¿Pero tú en qué mundo vives?

JUAN.— No, en qué mundo vives tú, Paco.

PACO.— ¿Y qué iba a estar pensando yo? ¿Que no te ibas a enterar nunca?

JUAN.— No lo sé, porque desde que llegamos no paras de decir que qué hacemos con la hamaca, con el olivar y con Pedrito el de los palotes.

PACO.— Porque yo pienso. Yo pienso más allá, pero eso no quiere decir...

JUAN.— Pero dime ¿qué hay que pensar? ¿Qué tenemos que pensar?

Igual que el olivar... ¿No estamos cogiendo nosotros la aceituna todos los años?

PACO.— Pero uno ya se cansa, Juan Antonio.

JUAN.— Te cansarás tú.

PACO.— Pues yo, yo me canso.

JUAN.— Porque yo no. Yo no pienso regalarle a nadie lo que lleva haciendo papa desde que tiene doce años. Yo no. Y esta casa tampoco, porque no sé si te acuerdas, pero la ha levantado él también. PACO.— Y dale la burra al trigo... Que yo no he intentado vender esta casa, ¡joder! Estás chalao... Además, si hubiese sido así, si te lo hubiese ocultado, ¿te iba a dejar a ti ir a abrir la puerta?

JUAN.— Eso ya lo he pensado yo. Pero no son horas de llamar a la puerta.

Ni tú te esperabas que fuese por esto.

PACO.— Claro... Qué retorcido soy, ¿no?

Pausa.

PACO.— Y... según tú, ¿qué iba a hacer con mama?

JUAN.— ¿Con mama?

PACO.— Sí. ¿Dónde iba a vivir según tú? Dime.

JUAN.— Pero si no esperas que vuelva.

PACO.— ¿Cómo?

JUAN.— Que no soy tonto, Paco. Te querías ir esta noche porque no esperas que mama vuelva ni mañana, ni pasado, ni al otro.

PACO.— Pero tú sí.

JUAN.— Sí, yo sí. No se va a quedar ahí, con sus primas toda la vida.

PACO.— Pero es que...

JUAN.— Que ya lo sé. ¿Vale? Ya lo sé.

PACO.— ¿Qué sabes?

JUAN.— Que sola ya no puede estar. Pero ¿qué hacemos? ¿La metemos en una residencia? ¿Para qué? Dime. Pudiendo estar nosotros con ella, una semana cada uno aquí en casa.

PACO.— ¿Una semana cada uno? Que tienes una familia. Una casa. Un trabajo. Que aquí ya no está tu vida, Juan Antonio, que no está.

JUAN.— La tuya, desde luego, sí que no está. Igual que con el olivar... Luego dices que si retorcido...

PACO.— Joder... Que eso ya está cerrado. Lo del olivar fue hablar. No puse ni precio, Juan Antonio, eh.

Ya está bien.

JUAN.— No, si ahora precio tampoco has puesto, vienen preguntando precisamente eso.

PACO.— ¡Ni precio, ni hostias, que yo no he dicho nada! ¿vale? Que no le he hablado de la maldita casa a nadie, ¡joder! A nadie.

Pausa larga.

JUAN.— Entonces...

PACO.— Entonces, ¿qué?

JUAN.— Que si han venido a preguntar es porque... ¿Qué se piensan? ¿Que está muerta?

2

JUAN en la misma posición, PACO, de pie, mira por la ventana, por donde empieza a entrar luz.

JUAN.— (*Canta.*) Aceitunera bonita... Con sus... engalana... Con su bello resplandor... Va na na na na como ninguna... Va na na na na de sol a sol... ¿Tú te acuerdas de cómo era? La musiquilla sí, era algo así seguro, pero la letra... ¿Te acuerdas? Paco, ¿que si te acuerdas de la letra? (*Pausa.*)

JUAN.— ¡Paco!

PACO.— ¡Qué! Joder, ¿qué?

JUAN.— ¡Que si te acuerdas de la canción!

PACO.— No.

JUAN.— Pero, ¿sabes cuál te digo?

PACO.— Sí.

JUAN.— ¿Y cómo era?

PACO.— Así. Como la estás cantando.

JUAN.— (*Ríz.*) No sabes la que te digo.

PACO.— Que sí...

JUAN.— A ver, ¿cuál? ¿Cuál estoy cantando?

PACO se dirige al frigorífico, luego a la despensa.

JUAN.— ¿Ves como no me escuchas? La de la aceitunera. La que nos cantaba mama todas las mañanas cuando papa se iba al campo. Deberíamos haberla escrito en un papel porque ahora para encontrarla... Eso era algo del boca a boca, no está en ningún lao. Si nos acordamos la podemos escribir y así no...

PACO.— ¿No hay más vino?

JUAN.— No sé. Yo creo que sería un canto popular o algo así. De las mujeres del campo. Que también había mujeres que trabajaban en el...

PACO.— No hay vino, ¿no?

JUAN.— Que no lo sé.

PACO.— Tú qué vas a saber.

JUAN.— ¿Te pasa algo?

PACO.— A ti no.

JUAN.— No.

PACO.— Tú estás muy tranquilo.

JUAN.— Sí, estoy tranquilo.

PACO.— Me alegro. (*Saca una botella de vino.*) Mira, queda una.

JUAN.— Porque nos quedemos aquí un día más no nos vamos a morir. Hay comida de sobra, tienes vino... Leños hay suficientes. Tú que decías que no hacía falta tanto, ¿eh? Ahora... Además, ya que estamos aquí, no nos vamos a ir sin ver a...

PACO.— ¡Me cago en diez!

JUAN.— ¿Qué te pasa?

PACO.— Que qué me pasa...

JUAN.— Sí, qué te...

PACO.— Que me tienes frito, eso me pasa.

JUAN.— Oye, que yo no tengo la culpa. Si ha caído la que ha caído...

PACO.— Es que no es la que ha caído, Juan Antonio.

JUAN.— Entonces, ¿qué?

PACO.— Tú. Eres tú, joder, tú.

JUAN.— No te entiendo. Estás aquí... con tu hermano, esperando a tu madre... No te entiendo.

PACO.— Ya, sí. ¿Y qué? Yo a ti tampoco.

JUAN.— ¿Puedes dejar ese tono?

PACO.— ¿Qué tono?

JUAN.— El tuyo. El de siempre.

PACO.— Pues no. Es el mío. El de siempre.

JUAN.— Pues nada. Voy a escribir la canción. Cuando venga mama le pregunto el resto. Si me quieres ayudar, me ayudas y si no... pues no me ayudes. Es mucho mejor estar de morros, que decir las cosas.

Silencio largo. JUAN le mira y aparta la mirada sucesivas veces. Suspira.

PACO.— ¿Qué?

JUAN.— ¿Eh?

PACO.— ¿Que qué ibas a decir?

JUAN.— No, no. No hablo.

PACO.— Coño que te estoy viendo mirarme, dilo ya de una vez, puñeta.

JUAN.— Que no. No quiero molestarte.

PACO.— Pero ¿cuántos años tienes? (*Pausa.*) Si es que tanto tiempo aquí metíos...

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— Nada.

JUAN.— ¿Tampoco puedes hablar tú?

PACO.— Que nos volvemos dos críos.

JUAN.— ¿Por estar aquí?

PACO.— Pues algo hace, claro.

JUAN.— Qué tonterías dices...

PACO.— Pero mírate. Que estás escribiendo con un lápiz en una hoja de cuadritos la canción que te cantaba mama cuando te vestía, coño.

JUAN.— Que nos cantaba.

PACO.— A mí déjame, eh, a mí déjame.

JUAN.— A ver si ahora no voy a poder escribirla.

PACO.— Sí, sí puedes. Claro que puedes.

JUAN.— ¿Por qué no te sientas un rato?

PACO.— Así crezco.

JUAN.— Bueno, cuando quieras hablamos como...

PACO.— Me han llamado del trabajo.

Pausa.

JUAN.— Eso es lo que te iba a preguntar.

PACO.— ¿El qué?

JUAN.— Antes, cuando me has dicho que me callase mientras escribía la...

PACO.— ¿Que qué me ibas a preguntar?

JUAN.— Que si habías hablado con tu jefe para decirle que no ibas a ir esta semana.

PACO.— ¿Esta semana? Pero qué dices. ¿Qué dices? Mañana esto está despejao. Mañana mismo estoy en la carretera.

JUAN.— Hay cosas que no decidimos.

PACO.— Pues yo creo que el que no decide eres tú.

JUAN.— Yo no, pero tú sí. Claro...

PACO.— Un poco más que tú, sí.

JUAN.— ¿Y eso por qué?

PACO.— Porque para decidir hay que ver.

JUAN.— Ah...

PACO.— Si no ves el camino por el que andas, no puedes decidir por dónde tirar. Eso es así.

JUAN.— ¿Y yo qué no veo?

PACO.— Muchas cosas.

JUAN.— Dime una, a ver.

PACO.— Que somos mayores, por ejemplo. Que ha pasado el tiempo. Que ha pasado mucho tiempo y hay cosas que...

JUAN.— Tú sí que no ves.

PACO.— ¿Yo?

JUAN.— Y lo entiendo, eh. Lo entiendo. Hay que ser valiente para ver. A ti te da miedo. Ver tu pasado a la vez que tu presente, a la vez que tu futuro. Eso te da miedo. No eres capaz de vivir teniendo en cuenta tu pasado, o acordándote de tu pasado. Asímelo. No sabes ver a papa en esa hamaca sentado mirando a la lumbre, aunque ahora esté vacía. ¿Y qué que esté vacía? ¿Y qué que no haya patatas con caldillo en el frigorífico? Igual que no sabes...

PACO.— No sé ver a mama entrando por esa puerta, aunque no vaya a entrar, ¿no?

JUAN.— No, eso es diferente, Paco.

PACO.— No, no es diferente. Es lo mismo.

JUAN.— No, no puede ser lo...

PACO.— ¡Lo mismo, joder, lo mismo precisamente, lo mismo!

JUAN.— No, porque eso sí puede pasar.

PACO.— ¡Que no!

Pausa.

PACO.— Voy a tomar el aire.

JUAN.— Espera. Vamos a hablar.

PACO.— ¿Más?

JUAN.— Hablar en condiciones.

PACO.— Ahora me da a veces por fumar, cosas que pasan, oye.

JUAN.— Que vamos a...

PACO.— Esto cuando quiera lo dejo.

JUAN.— Escúchame.

PACO.— ¿De qué hay que hablar?

JUAN.— De esto. De lo que acabas de decir.

PACO.— Déjame salir, anda.

JUAN.— Primero te explicas, luego, como si te quieres ir a China. Habla, joder. Exprésate. Grita...

PACO.— ¡Que te quites del medio! Me cago en la hostia...

JUAN.— Venga. Eh. Siéntate.

PACO.— No quiero.

JUAN.— Que te sientes.

PACO.— ¡Me han despedido!

Silencio.

JUAN.— Por... ¿Por esto? ¿Por un día?

PACO.— Un día... No llevamos aquí un día, Juan Antonio.

JUAN.— Deja el vino ya y...

PACO.— Estate quieto, eh, estate quieto.

Pausa.

PACO.— ¿Tú sabes lo que es...? ¿Te acuerdas de los castillos esos de...?
¿Los que hacíamos con... con las cartas? Poníamos así las cartas
unas encima de otras y...

JUAN.— Sí. Era difícil.

PACO.— Sí, tenía su cosa la tontería, pero íbamos consiguiendo poner
cada vez más niveles y más niveles y parecía que aguantaban. Eso
sí, nunca sabías cuál iba a ser la última carta que ibas a poder poner
antes de que se cayese absolutamente todo. (*Pausa.*) Pues esta era mi
última carta.

JUAN.— ¿Y tu familia? Tus hijos.

PACO.— Mis hijos... Vamos a ver, Juan Antonio, que lo que no tengo es
la cara de presentarme delante de ellos diciendo... ¿Diciendo qué?
¿Qué les dirías tú? (*Pausa.*) ¿Ves?

JUAN.— Pues estoy yo.

PACO.— Tú tienes que irte a tu casa.

JUAN.— Bueno, pero es que ahora estoy con mi hermano.

PACO.— Ya, pero es que tu hermano no tiene las cosas que tú tienes.

JUAN.— Tiene un hermano. Además, que no podemos movernos, joder.

PACO.— Podremos y nos iremos.

JUAN.— ¿Y a dónde vas a ir? Al piso ese de...

PACO.— Igual me quedo un día más.

JUAN.— Me quedo contigo.

PACO.— Mira que eres pesao...

JUAN.— ¿No has estado bien aquí conmigo?

PACO.— No es eso...

JUAN.— Como cuando éramos críos...

PACO.— Como cuando éramos críos.

JUAN.— Sí, ¿no éramos felices? Aquí, como estamos ahora, arropados
con las sallas, acordándonos de cosas, enfadándonos, riéndonos, vol-
viéndonos a enfadar... Dime que no somos felices. Y mama tardará
un poco más en llegar, porque con todo esto... pero mira, podemos ir
arreglando el olivar y... hacemos la comida para cuando llegue. Y es-
tamos aquí los tres. Juntos. Bueno, y la hamaca de papa. Paco, todo
esto un día se acabará. Y después de ese día no podremos hacer nada
de eso nunca, nunca más. Y llegará un vecino preguntando a cuánto
está la casa y contestaremos una cifra. ¿Te imaginas? Contestare-
mos una cifra.... Las olivas dejarán de dar aceituna, porque nadie
las habrá seguido cuidando. Porque las cosas como son, nuestros

hijos no... Es normal, ¿no? Tampoco queremos luchar contra eso. Pero mientras podamos seguir aquí, y podamos encender la lumbre...

PACO.— ¿Y si el problema es que ya es ese día? ¿Y si ya no está todo eso?

JUAN.— Pero ¿no lo ves? ¡Paco! (*Ríc.*) Paco, hermano, hermanito, ¿no ves que sí está?

PACO.— ¡No!

JUAN.— Paco ven aquí.

PACO.— Me vas a volver loco. Loco.

JUAN.— ¿Qué estás diciendo?

PACO.— Que yo también quiero pensar que esta casa no está en venta, ¿vale? ¡Yo también quiero! Y, y que.... Y que el olivar sigue dando aceituna, y que mama va a entrar, sí, que va a entrar de un momento a otro por esa puerta. Pero es que nada de eso va a pasar. ¡En esta casa no queda nadie! ¿Me oyes? ¡No va a entrar nadie! (*Saca los papeles que guardó antes en el bolsillo.*) La casa, eh, el olivar. Ahí lo tienes. Míralo. Ahí está la cifra, no hay que imaginarse nada, no hay que pensar en ningún futuro, ahí está. Por eso estamos aquí. Porque se ha acabado, Juan Antonio, se ha acabado todo eso de lo que hablas, ¡joder! Ya está. Por favor, ya está. Por favor.

JUAN tira los papeles a la estufa. Arden con la leña.

PACO.— ¿Qué haces?

JUAN.— Shhh...

PACO.— ¿Qué haces!

JUAN.— Ven conmigo.

PACO.— ¿Es que no me escuchas?

JUAN.— Estás cansado.

PACO.— Te lo pido por favor.

JUAN.— Ven.

JUAN sujeta a PACO. PACO se acaba dejando abrazar.

JUAN.— Ayúdame a recordar la canción. Tú te la sabes.

PACO.— Claro que me la sé.

JUAN.— No quiero olvidarla.

Pausa.

PACO.— Aceitunera bonita... con sus ojos engalana... y su bello resplandor... Enamorando a su paso cada rincón...

JUAN.— Es verdad. Enamorando a su paso... (*Canta.*) Aceitunera bonita... Con sus ojos engalana y su bello resplandor... Aceitunera bonita como ninguna... Va enamorando a su paso en cada rincón...

PACO Y JUAN tararean la canción juntos.

JUAN.— ¡A que estás mejor? Ya verás como todo eso se te va a pasar. Cuando mañana te diga los disparates que acabas de decir...

PACO.— ¿De verdad lo piensas?

JUAN.— Paco, va a venir. Lo sé. Va a venir.

3

JUAN entra en la sala de estar cargado de leña. PACO mira a JUAN colocar los leños en el suelo de uno en uno.

JUAN.— Con esto tenemos para una buena temporada, ¿no? Yo creo que está bien para una buena temporada. ¿Has pelado las patatas? (*Pausa.*) Paco.

PACO.— No.

JUAN.— ¿Y qué has estado haciendo? (*Pausa.*) Anda, vamos a pelarlas, que va a llegar mama y la comida no puede estar sin hacer. Ya verás como me salen bien las patatas con caldillo de la abuela.

JUAN saca las patatas. Los dos se sientan a pelarlas.

JUAN.— Ha sido buena idea quedarnos, ¿verdad? Somos felices... Muy felices. Nuestra familia seguirá ahí cuando esto se acabe, ¿a dónde se van a ir? Y dinero, y trabajo... Ya hemos trabajado suficiente. Si acaso, si lo necesitamos, podemos trabajar en el campo, como hacía papa. ¿Te imaginas? Tú y yo trabajando en el campo... Si siguiésemos teniendo la burra... Ahora la cuadra no tiene más que trastos. Has hecho bien en dejar el piso de Albacete. Aquí estamos muy bien,

hermano, muy bien. (*Suspira.*) Todo ese tiempo, el que te dije que te había echado de menos, ¿te acuerdas? Por la mili, eh, Paco, ¿te acuerdas?

PACO.— Sí, me acuerdo.

JUAN.— Aquí está. Aquí estamos, juntos, por fin.

PACO.— Juan Antonio.

JUAN.— Dime.

PACO.— Tenemos que irnos.

JUAN.— No. No, te estoy diciendo que ahora podemos...

PACO.— Estoy hablando en serio.

JUAN.— (*Ríe.*) ¿Pero a dónde vamos a tener que irnos ahora? ¿Que tenemos que hacer la comida.

PACO.— Es que da igual, Juan Antonio. Da igual la comida, ¿vale? Da igual los leños que has traído.

JUAN.— Pero mama va a llegar dentro de una hora y la comida no puede estar sin...

PACO.— Escúchame, por favor te lo pido, ¡deja eso y escúchame!

JUAN.— Vale, vale. Tranquilo. Ya te escucho.

PACO.— Hoy llegan los nuevos propietarios.

JUAN.— ¿A dónde?

PACO.— Aquí. A su casa. Esta casa, la nuestra, va a tener nuevos dueños, ¿entiendes? (*Pausa.*) Querrán tu parte. Ponle el precio que quieras y nos vamos. Juan Antonio. Joder, ¿de qué te ríes?

JUAN.— ¡De que eso es un disparate! Menuda tontería. Sé que no lo hiciste, Paco, que no pusiste en venta nuestra casa. Ni eso, ni lo del olivar.

PACO.— No, no lo hice.

JUAN.— Lo sé. Y lo siento por haber pensado así de ti.

PACO.— Pero lo hice después.

JUAN.— ¿Después?

PACO.— Porque tú no... No podía hablar contigo de nada. De nada serio. Lo decidí yo solo y lo hice.

JUAN.— Paco, no me la vas a colar. ¿Y tú y yo? ¿Y mama? ¿A dónde iríamos?

PACO.— Por mama no te preocupes que hoy tampoco va a venir.

JUAN.— ¿Por qué? ¿Has hablado con las primas? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Mira la de patatas que estamos pelando.

PACO.— Nos vamos ya.

JUAN deja de pelar patatas, pero no suelta el cuchillo.

JUAN.— ¿Qué pasa? Tienes mala cara, ven, anda. Ven.

PACO.— Por favor, vámonos de aquí.

JUAN.— Pero no podemos.

PACO.— Así, así es como no podemos más.

JUAN.— ¿Que no podemos más?

PACO.— No.

JUAN.— Te has hartado de mí. Otra vez.

PACO.— Deja el cuchillo, anda.

JUAN.— Dijimos que íbamos a estar juntos, Paco. ¡Lo dijimos! ¿Te acuerdas? ¡Tú y yo! ¡¿Ya no te acuerdas?! ¡Eh! ¿Que si ya no te acuerdas?

PACO.— Lo he intentado.

JUAN.— ¿Qué se supone que has intentado?

PACO.— Ver las cosas como tú. Pero es imposible porque... Porque estás...

JUAN.— ¿Qué?

PACO.— No estás bien.

JUAN.— ¿Que no estoy bien?

PACO.— Pero yo sé cuál es mi vida. Sé cuál es mi realidad.

JUAN.— No sabes nada. Eres capaz de olvidarte de todos.

PACO.— Eso no es verdad...

JUAN.— Sí, eso es lo que haces. Echarnos a todos de tu vida. Desaparecer. Por eso estás solo. Porque has hecho lo mismo con tu mujer, con tus hijos, con tu madre. ¡Con tu hermano!

PACO.— ¡Cállate!

JUAN.— Tú no estás bien. Y ahora que puedes estarlo conmigo quieres... Me has mentido. Sigues pensando que mama no va a venir. ¿No? ¡Dímelo! Dime que no va a venir. Que va a dejarme. ¡Dilo!

PACO.— ¡No, no va a venir!

JUAN.— ¡Ella no es como tú!

Silencio. PACO se acerca despacio a JUAN que se deja caer en el suelo.

JUAN.— Vas a dejarme. Otra vez. Vas a dejarnos.

PACO.— No.

JUAN.— No vuelvas a mentirme.

PACO.— Te vas a venir conmigo. Vamos a recogerlo todo y...

JUAN.— ¡Que no me voy a ningún lado! ¡Y tú tampoco!

PACO descolga el teléfono.

PACO.— ¡Por qué no hay señal? (Pausa.) ¡Que por qué no hay señal!

PACO se dirige a la puerta.

JUAN.— Paco. Paco, espera.

PACO.— Joder...

JUAN.— No te enfades conmigo.

PACO.— Nos habrán estado llamando. Joder... ¡Joder!

JUAN.— ¿Quién? ¿Quién nos va a llamar?

PACO.— Del trabajo. A lo mejor no había perdido mi trabajo. Tus hijas. Tu mujer. Mis hijos. Nos habrán estado llamando.

JUAN.— Nadie nos está buscando, Paco. Estamos solos.

PACO.— ¡Que no! No aguanto más, aquí. Lo he perdido todo por tu culpa. ¡Por tu culpa!

JUAN.— ¿Mi culpa?

PACO.— Necesitas ayuda.

JUAN.— Solo te necesito a ti. Ven conmigo.

PACO.— Van a llegar.

JUAN.— ¿Quiénes?

PACO.— ¡Los dueños!

JUAN.— (Ríe.) Ah, es verdad. Que lo has vendido. ¡Has vendido nuestra casa! ¡Nuestra vida!

PACO.— ¿Quieres quedarte aquí con ellos? ¿Eso es lo que quieres?

JUAN.— No. Te prometo que nadie más que nosotros va a ocupar nuestra casa.

PACO.— Por dios... por dios, reacciona. Mírate. Míranos. Estamos sucios, cansados, borrachos, sin trabajo, no sabemos... No sabemos cuánto tiempo llevamos aquí encerrados... No sabemos nada.

JUAN.— Está todo bien. Vamos a hacer algo, ¿vale?

JUAN echa leños a la estufa.

JUAN.— Tenemos suficientes.

PACO.— ¿Qué haces?

JUAN.— Echar leña a la estufa. Eso hago.

PACO.— ¿Para qué?

JUAN.— ¿Para qué se echa leña a la estufa, Paco?

PACO.— Para calentar la casa.

JUAN.— Exactamente.

JUAN distribuye algunos leños por el suelo.

JUAN.— No pasa nada. Es como cuando se enciende la lumbre en invierno, los vecinos no se tienen por qué extrañar del humo. Te lo he prometido. Nadie nos va a echar. Aquí estamos todos juntos. Y va a ser así siempre. No tiene por qué acabarse, ¿entiendes? Mírame. Siempre estaremos juntos. ¿No es eso lo que queríamos, hermano, no es eso?

JUAN empuja a PACO hacia la puerta. Queda fuera de la sala de estar y JUAN cierra. PACO grita, pero no le oímos. JUAN se asoma a la estufa, desde la bamaca, viendo el fuego crecer y crecer cada vez más. Enciende uno de los leños del suelo y lo tira junto al resto. Las llamas comienzan a subir. PACO sale corriendo de la casa. JUAN se queda sentado, en medio de la lumbre, viendo cómo todo arde a su alrededor. Fuera, PACO, busca ayuda. De pronto, se detiene ante algo que se le acerca.

PACO.— ¿Mamá?

OSCURO